

bárbara, confirmando sus moradores en la creencia de su falsa profecía: advirtió cómo Mauricio y Ladislao su yerno con su hija Transila, habían dejado su patria, y pasándose á vivir más pacíficamente á Inglaterra: dijo también cómo había estado con Leopoldio, rey de los danos, después de acabada la guerra; el cual se había casado por dar sucesión á su reino, y que había perdonado á los dos traidores que llevaba presos, cuando Periandro y sus pescadores le encontraron, de quien mostró estar muy agradecido por el buen término y cortesía que con él tuvieron; y entre los nombres que le era forzoso nombrar en su discurso, tal vez tocaba con el de los padres de Periandro, y tal con los de Auristela, con que les sobresaltaba los corazones y les traía á la memoria, así grandezas como desgracias: dijo que en Portugal, especialmente en Lisboa, eran en suma estimación tenidos sus retratos; contó asimismo la fama que dejaba en Francia en todo aquel camino la hermosura de Constanza, y de aquellas señoras damas francesas: dijo cómo Coriano había granjeado opinión de generoso y de discreto en haber escogido á la sin par Ruperta por esposa: dijo asimismo cómo en Luca se hablaba mucho en la sagacidad de Isabela Castrucho y en los breves amores de Andrea Marulo, á quien con el demonio fingido trajo el cielo á vivir vida de ángeles: contó cómo se tenía por milagro la caída de Periandro, y cómo dejaba en el camino á un mancebo peregrino, poeta, que no quiso adelantarse con él, por venir de espacio, componiendo una comedia de los sucesos de Periandro y Auristela, que los sabía de memoria por un lienzo que había visto en Portugal, donde se habían pintado, y que traía intención firmísima de casarse con Auristela, si ella quisiese. Agradecióle Auristela su buen propósito, y aun desde allí le ofreció darle para un vestido, si acaso llegase roto; que un deseo de un buen poeta toda buena paga merece: dijo también que había estado en casa de la señora Constanza y Antonio, y que sus padres y abuelos estaban buenos y solo fatigados de la pena que tenían de no saber de la salud de sus hijos, deseando volviere la señora Constanza á ser esposa del Conde su cuñado, que quería seguir la discreta elección de su hermano, ó ya por no dar los veinte mil ducados, ó ya por el merecimiento de Constanza, que era lo más cierto: de que no poco se alegraron todos, especialmente Periandro y Auristela, que como á sus hermanos los querían.

Esta plática de Arnaldo se engendraron en los pechos de los oyentes nuevas sospechas de que Periandro y Auristela debían de ser grandes personajes, porque de tratar de casamientos de condes y de millaradas de ducados, no podían nacer sino sospechas ilustres y grandes: contó también cómo había encontrado en Francia á Renato, el caballero francés vencido en la batalla contra derecho, y libre y victorioso por la conciencia de su enemigo: en efecto, pocas cosas quedaron de las muchas que en el galán progreso desta historia se han contado, en quien él se hubiese hallado, que allí no las volviere á traer á la memoria, trayendo también la que tenía de quedarse con el retrato de Auristela, que tenía Periandro contra la voluntad del Duque, y contra la suya, puesto que dijo que por no dar enojo á Periandro disimularía su agravio. Ya le hubiera yo deshecho, respondió Periandro, volviendo, señor Arnaldo, el retrato,

si entendiera fuera vuestro; la ventura y su diligencia se le dieron al Duque, vos se le quitastes por fuerza, y así no tenéis de qué quejaros: los amantes están obligados á no juzgar sus causas por la medida de sus deseos, que tal vez no los han de satisfacer por acomodarse con la razón que otra cosa les manda; pero yo haré de manera que quedando vos, señor Arnaldo, contento, el Duque quede satisfecho; y será con que mi hermana Auristela se quede con el retrato, pues es más suyo que de otro alguno: satisfizole á Arnaldo el parecer de Periandro, y ni más ni menos á Auristela; con esto cesó la plática, y otro día por la mañana comenzaron á obrar en Auristela los hechizos, los venenos, los encantos y la malicia de la judía, mujer de Zabulon.

CAPITULO IX.

En que se cuenta la enfermedad de Auristela por los hechizos de la judía, mujer de Zabulon.

No se atrevió la enfermedad á acometer rostro á rostro la belleza de Auristela; temerosa no espantase tanta hermosura la fealdad suya; y así la acometió por las espaldas, dándole en ellas unos calofrios al amanecer, que no la dejaron levantar aquel día: luego luego se le quitó la gana de comer, y comenzó la viveza de sus ojos á amortiguarse, y el desmayo que con el tiempo suele llegar á los enfermos, se sembró en un punto por todos los sentidos de Auristela, haciendo el mismo efecto en los de Periandro, que luego se alborotaron y temieron todos los males posibles, especialmente los que temen los poco venturosos, y que había dos horas que estaba enferma, y ya se le parecían cárdenas las encarnadas rosas de sus mejillas, verde el carmin de sus labios y topacios las perlas de sus dientes; hasta los cabellos le pareció que habían mudado de color, estrechándose las manos y casi mudado el asiento y encaje natural de su rostro, y no por esto le parecía menos hermosa, porque no la miraba en el lecho en que yacía, sino en el alma, donde la tenía retratada: llegaron á sus oídos, á lo menos llegaron de allí á dos días sus palabras, entre débiles acentos formadas y pronunciadas con turbada lengua: asustáronse las señoras francesas, y el cuidado de atender á la salud de Auristela fué de tal modo, que tuvieron necesidad de tenerle de sí mismas: llamáronse médicos, escogiéronse los mejores, á lo menos los de mejor fama; que la buena opinión califica la acertada medicina, y así suele haber médicos venturosos como soldados bien afortunados: la buena suerte y la buena dicha, que todo es uno, también puede llegar á la puerta del miserable en un saco de sayal, como en un escarapate de plata; pero ni en plata ni en lana no llegaba ninguna á las puertas de Auristela, de lo que discretamente se desesperaban los dos hermanos Antonio y Constanza: esto era al revés en el Duque, que como el amor que tenía en el pecho se había engendrado de la hermosura de Auristela, así como la tal hermosura iba faltando en ella, iba en él faltando el amor, el cual muchas raíces ha de haber echado en el alma, para tener fuerzas para llegar hasta el márgen de la sepultura con la cosa amada; feísima es la muerte, y quien más á ella se llega es la dolencia; y amar las cosas feas parece cosa sobrenatural y digna de tenerse por milagro. Auristela en fin iba enflaqueciendo por momentos, y quitando las esperanzas de su salud á cuantos la conocían: solo Periandro era el solo, solo el firme, solo

el enamorado, solo aquel que con intrépido pecho se oponía á la contraria fortuna y á la misma muerte, que en la de Auristela le amenazaba.

Quince días esperó el duque de Nemurs, á ver si Auristela mejoraba, y en todos ellos no hubo ninguno que á los médicos no consultase de la salud de Auristela; y ninguno se la aseguró, porque no sabían la causa precisa de su dolencia; viendo lo cual las damas francesas, no hacían del Duque caso alguno, el cual viendo también que el ángel de luz de Auristela se había vuelto el de tinieblas, fingiendo algunas causas, que si no del todo, en parte le disculpaban, un día llegando á Auristela, en el lecho donde enferma estaba, delante de Periandro, le dijo: Pues la ventura me ha sido tan contraria, hermosa señora, que no me ha dejado conseguir el deseo que tenía de recibirte por mi legítima esposa, antes que la desesperación me traiga á términos de perder el alma, como me ha traído á los de perder la vida, quiero por otro camino probar mi ventura, porque sé cierto que no tengo de tener ninguna buena, aunque la procure, y así sucediéndome el mal que no procuro, vendré á perderme y á morir desdichado y no desesperado: mi madre me llama, tiéneme prevenida esposa, obedecerla quiero y entretener el tiempo del camino, tanto, que halle la muerte lugar de acometerme, pues ha de hallar en mi alma las memorias de tu hermosura y de tu enfermedad, y quiera Dios que no diga las de tu muerte. Dieron sus ojos muestra de algunas lágrimas: no pudo responderle Auristela, ó no quiso, por no errar en la respuesta delante de Periandro: lo más que hizo fué poner la mano debajo de su almohada y sacar su retrato y volvérselo al Duque, el cual le besó las manos por tan gran merced; pero alargando la suya Periandro, se le tomó, y le dijo: Si dello no te disgustas, ó gran señor, por lo que bien quieres, te suplico me le prestes, porque yo pueda cumplir una palabra que tengo dada, que sin ser en perjuicio tuyo, será grandemente en el mío si no lo cumplo: volviésole el Duque con grandes ofrecimientos de poner por él la hacienda, la vida y la honra, y mas si más pudiese, y desde allí se desvió de los dos hermanos, con pensamiento de no verlos mas en Roma: discreto amante, y el primero quizá que haya sabido aprovecharse de las gudejas que la ocasión le ofrecía. Todas estas cosas pudieran despertar á Arnaldo, para que considerara cuán menoscabadas estaban sus esperanzas, y cuán á pique de acabar con toda la máquina de sus peregrinaciones, pues como se ha dicho, la muerte casi había pisado las ropas de Auristela, y estuvo muy determinado de acompañar al Duque, sino en su camino, á lo menos en su propósito, volviéndose á Dinamarca; mas el amor y su generoso pecho no dieron lugar á que dejase á Periandro sin consuelo, y á su hermana Auristela en los postreros límites de la vida, á quien visitó y de nuevo hizo ofrecimientos, con determinación de aguardar á que el tiempo mejorase los sucesos, á pesar de todas las sospechas que le sobrevenían.

CAPITULO X.

Cobra Auristela la salud, por haber la judía deshecho los hechizos, y propone á Periandro el intento de no casarse.

Contentísima estaba Hipólita de ver que las artes de la cruel judía tan en daño de la salud de Auristela se mostraban, porque en ocho días la pusieron tan otra de la

queser solía, que ya no la conocían sino por el órgano de la voz, cosa que tenía suspensos á los médicos y admirados á cuantos la conocían. Las señoras francesas atendían á su salud con tanto cuidado, como si fueran sus queridas hermanas, especialmente Feliz Flora, que con particular afición la quería. Llegó á tanto el mal de Auristela, que no contentándose en los términos de su jurisdicción, pasó á la de sus vecinos; y como ninguno lo era tanto como Periandro, el primero con quien encontró fué con él, no porque el veneno y maleficios de la perversa judía obrasen en él derechamente y con particular asistencia, como en Auristela, para quien estaban hechos, sino porque la pena que él sentía de la enfermedad de Auristela era tanta, que causaba en él el mismo efecto que en Auristela, y así se iba enflaqueciendo, que comenzaron todos á dudar de la vida suya, como de la de Auristela; viendo lo cual Hipólita, y que ella misma se mataba con los filos de su espada, adivinando con el dedo de dónde procedía el mal de Periandro, procuró darle remedio, dándosele á Auristela, la cual, ya flaca y descolorida parecía que estaba llamando su vida á las aldabas de las puertas de la muerte; y creyendo sin duda, que por momentos la abrirían, quiso abrir y preparar la salida á su alma por la carrera de los sacramentos, bien como ya instruida en la verdad católica; y así haciendo las diligencias necesarias, con la mayor devoción que pudo dió muestras de sus buenos pensamientos, acreditó la integridad de sus costumbres, dió señales de haber aprendido bien lo que en Roma la habían enseñado, y resignándose en las manos de Dios, sosegó su espíritu, y puso en olvido reinos, regalos y grandezas.

Hipólita pues, habiendo visto, como está ya dicho, que muriéndose Auristela moría también Periandro, acudió á la judía á pedirle que templase el rigor de los hechizos que consumían á Auristela, ó los quitase del todo; que no quería ella ser inventora de quitar con un golpe solo tres vidas, pues muriendo Auristela, moría Periandro, y muriendo Periandro, ella también quedaría sin vida: hizo así la judía, como si estuviera en su mano la salud ó la enfermedad ajena, ó como si no dependieran todos los males que llaman de pena, de la voluntad de Dios, como no dependen los males de culpa; pero Dios, obligándole, si así se puede decir, por nuestros mismos pecados, para castigo dellos, permite que pueda quitar la salud ajena esta que llaman hechicería, con que lo hacen las hechiceras, usando mezclas y venenos, que con tiempo limitado quitan la vida á la persona que quieren, sin que tenga remedio de excusar este peligro, porque le ignora, y no se sabe de dónde procede la causa de tan mortal efecto; así que, para guardar estos males, la gran misericordia de Dios ha de ser la maestra, la que ha de aplicar la medicina.

Comenzó pues Auristela á dejar de empeorar, que fué señal de su mejoría: comenzó el sol de su belleza á dar señales y vislumbres de que volvía á amanecer en el cielo de su rostro, volvieron á despuntar las rosas en sus mejillas y la alegría en sus ojos, ahuyentáronse las sombras de su melancolía, volvió á enterarse en el órgano suave de su voz, afinóse el carmin de sus labios, convirtió en marfil la blancura de sus dientes, que volvieron á ser perlas, como antes lo eran: en fin, en poco espacio de tiempo volvió á ser toda hermosa, toda be-

lísima, toda agradable y toda contenta; y estos mismos efectos redundaron en Periandro, y en las damas francesas y en los demas Croriano y Ruperta, Antonio y su hermana Constanza, cuya alegría ó tristeza caminaba al paso de la de Auristela, la cual dando gracias al cielo por la merced y regalos que le iba haciendo, así en la enfermedad como en la salud, un día llamó á Periandro, y estando solos por cuidado y de industria, desta manera le dijo: Hermano mio, pues ha querido el cielo que con este nombre tan dulce y tan honesto há dos años que te he nombrado, sin dar licencia al gusto ó al descuido para que de otra suerte te llamase, que tan honesta y tan agradable no fuese, querría que esta felicidad pasase adelante, y que solos los términos de la vida la pusiesen término; que tanto es una ventura buena, cuanto es duradera, y tanto es duradera cuanto es honesta: nuestras almas, como tú bien sabes y como aquí me han enseñado, siempre están en continuo movimiento y no pueden parar sino en Dios, como en su centro: en esta vida los deseos son infinitos, y unos se encadenan de otros, y se eslabonan y van formando una cadena que tal vez llega al cielo, y tal se sume en el infierno: si te pareciera, hermano, que este lenguaje no es mio, y que va fuera de la enseñanza que me han podido enseñar mis pocos años y mi remota crianza, advierte que en la tabla rasa de mi alma ha pintado la experiencia y escrito mayores cosas; principalmente ha puesto, que en solo conocer y ver á Dios está la suma gloria, y todos los medios que para este fin se encaminan, son los buenos, son los santos, son los agradables, como son los de la caridad, de la honestidad y el de la virginidad: yo á lo ménos así lo entiendo, y juntamente con entenderlo así, entiendo que el amor que me tienes es tan grande, que querrás lo que yo quisiera: heredera soy de un reino, y ya tú sabes la causa por qué mi querida madre me envió en casa de los reyes tus padres por asegurarme de la grande guerra de que se temia; desta venida se causó el de vernirme yo contigo, tan sujeta á tu voluntad, que no he salido della un punto: tú has sido mi padre, tú mi hermano, tú mi sombra, tú mi amparo, y finalmente tú mi ángel de guarda, y tú mi enseñador y mi maestro, pues me has traído á esta ciudad, donde he llegado á ser cristiana, como debo: querría agora, si fuese posible, irme al cielo, sin rodeos, sin sobresaltos y sin cuidados, y esto no podrá ser, si tú no me dejas la parte que yo misma te he dado, que es la palabra y la voluntad de ser tu esposa: déjame, señor, la palabra, que yo procuraré dejar la voluntad, aunque sea por fuerza; que para alcanzar tan gran bien como es el cielo, todo cuanto hay en la tierra se ha de dejar, hasta los padres y los esposos; yo no te quiero dejar por otro: por quien te dejo es por Dios, que te dar á sí mismo, cuya recompensa infinitamente excede á que me dejes por él: una hermana tengo pequeña, pero tan hermosa como yo, si es que se puede llamar hermosa la mortal belleza; con ella te podrás casar y alcanzar el reino que á mí me toca, y con esto haciendo felices mis deseos, no quedarán defraudados del todo los tuyos: ¿qué inclinás la cabeza, hermano? ¿á qué pones los ojos en el suelo? ¿desagradante estas razones? ¿parécete descaminados mis deseos? Dímelo, respóndeme; por lo ménos, sepa yo tu voluntad, quizá templaré la mia, y buscaré alguna salida á tu gusto, que en algo con el mio se conforme.

Con grandísimo silencio estuvo escuchando Periandro á Auristela, y en un breve instante formó en su imaginación millares de discursos, que todos vinieron á parar en el peor que para él pudiera ser, porque imaginó que Auristela le aborrecía, porque aquel mudar de vida no era sino porque á él se le acabara la suya, pues bien debía saber que en dejando ella de ser su esposa, él no tenia para qué vivir en el mundo; y fué y vino con esta imaginación con tanto ahinco, que sin responder palabra á Auristela, se levantó de donde estaba sentado, y con ocasión de salir á recibir á Feliz Flora y á la señora Constanza, que entraban en el aposento, se salió dél, y dejó á Auristela, no sé si diga arrepentida, pero sé que quedó pensativa y confusa.

CAPITULO XI.

Sale Periandro despechado por la proposición de Auristela.

Las aguas en estrecho vaso encerradas, mientras más priesa se dan á salir, mas de espacio se derraman, porque las primeras impelidas de las segundas se detienen, y unas á otras se niegan el paso hasta que hace camino la corriente, y se desagua; lo mismo acontece en las razones que concibe el entendimiento de un lastimado amante, que acudiendo tal vez todas juntas á la lengua, las unas á las otras impiden, y no sabe el discurso con cuáles se dé primero á entender su imaginación; y así muchas veces callando dice mas de lo que querría. Mostróse esto en la poca cortesía que hizo Periandro á los que entraron á ver á Auristela, el cual lleno de discursos, preñado de conceptos, colmado de imaginaciones, desdenado y desengañado, se salió del aposento de Auristela, sin saber, ni querer, ni poder responder palabra alguna á las muchas que ella le habia dicho: llegaron á ella Antonio y su hermana, y halláronla como persona que acaba de despertar de un pesado sueño, y que entre sí estaba diciendo con palabras distintas y claras: Mal he hecho; pero ¿qué importa? ¿No es mejor que mi hermano sepa mi intención? No es mejor que yo deje con tiempo los caminos torcidos y las dudosas sendas, y tienda el paso por los atajos llanos, que con distinción clara nos estan mostrando el felice paradero de nuestra jornada? Yo confieso que la compañía de Periandro no me ha de estorbar de ir al cielo, pero tambien siento que iré mas presto sin ella; sí, que mas me debo yo á mí que no á otro, y al interés del cielo y de gloria se han de posponer los del parentesco, cuanto mas que yo no tengo ninguno con Periandro. Advierte, dijo á esta sazón Constanza, hermana Auristela, que vas descubriendo cosas que podrían ser parte que desterrando nuestras sospechas, á tí te dejasen confusa: si no es tu hermano Periandro, mucha es la conversacion que con él tienes; y si lo es, no hay para qué te escandalices de su compañía.

Acabó á esta sazón de volver en sí Auristela, y oyendo lo que Constanza le decia, quiso enmendar su descuido; pero no acertó, pues para soldar una mentira, por muchas se atropella, y siempre queda la verdad en duda, aunque mas viva la sospecha. No sé, hermana, dijo Auristela, lo que me he dicho, ni sé si Periandro es mi hermano ó si no; lo que te sabré decir es que es mi alma, por lo ménos por él vivo, por él respiro, por él me muevo y por él me sustento, conteniéndome con todo esto en los términos de la razón, sin dar lugar á ningun vario pensamiento, ni á no guardar todo honesto decoro, bien

así como le debe guardar una mujer principal á un tan principal hermano. No te entiendo, señora Auristela, la dijo á esta sazón Antonio, pues de tus razones tanto alcanzo ser tu hermano Periandro, como si no lo fuese; dínos ya quién es y quién eres, si es que puedes decillo; que agora sea tu hermano, ó no lo sea, por lo ménos no podeis negar ser principales, y en nosotros, digo, en mí y en mi hermana Constanza, no está tan en niñez la experiencia, que nos admire ningun caso que nos contares; que puesto que ayer salimos de la isla bárbara, los trabajos que has visto que hemos pasado han sido nuestros maestros en muchas cosas, y por pequeña muestra que se nos dé, sacamos el hilo de los mas arduos negocios, especialmente en los que son de amores, que parece que los tales consigo mismo traen la declaración. ¿Qué mucho que Periandro no sea tu hermano, y qué mucho que tú seas su legitima esposa? ¿Y qué mucho otra vez, que con honesto y casto decoro os hayais mostrado hasta aquí limpiísimos al cielo y honestísimos á los ojos de los que os han visto? No todos los amores son precipitados ni atrevidos, ni todos los amantes han puesto la mira de su gusto en gozar á sus amadas, sino con las potencias de su alma; y siendo esto así, señora mia, otra vez te suplico nos digas quién eres y quién es Periandro, el cual, segun le vi salir de aquí, él lleva un voleo en los ojos y una mordaza en la lengua. ¡Ay desdichada! replicó Auristela, y ¡cuán mejor me hubiera sido que me hubiera entregado al silencio eterno, pues callando excusara la mordaza que dices que lleva en su lengua: indiscretas somos las mujeres, mal sufridas y peor llamadas; mientras callé, en sosiego estuvo mi alma: hablé, y perdí, y para acabarle de perder y para que juntamente se acabe la tragedia de mi vida, quiero que sepaís vosotros, pues el cielo os hizo verdaderos hermanos, que no lo es mio Periandro, ni ménos es mi esposo, ni mi amante, á lo ménos de aquellos que corriendo por la carrera de su gusto, procuran parar sobre la honra de sus amadas: hijo de rey es: hija y heredera de un reino soy: por la sangre somos iguales, por el estado alguna ventaja le hago, por la voluntad ninguna, y con todo esto nuestras intenciones se responden, y nuestros deseos con honestísimo efecto se están mirando: sola la ventura es la que turba y confunde nuestras intenciones, y la que por fuerza hace que esperemos en ella; y porque el nudo que lleva á la garganta Periandro me aprieta la mia, no os quiero decir mas por agora, señores, sino suplicaros me ayudeis á buscallo, que pues él tuvo licencia para irse sin la mia, no querrá volver sin ser buscado. Levanta pues, dijo Constanza, y vamos á buscallo, que los lazos con que amor liga á los amantes no los deja alejar de lo que bien quieren: ven, que presto le hallaremos, presto le verás y mas presto llegarás á tu contento: si quieres tener un poco los escrúpulos que te rodean, dales de mano, y dala de esposa á Periandro, que igualándole contigo pondrá silencio á cualquiera murmuración. Levantóse Auristela, y en compañía de Feliz Flora, Constanza y Antonio, salieron á buscar á Periandro, y como ya en la opinion de los tres era reina, con otros ojos la miraban y con otro respeto la servian. Periandro, en tanto que era buscado, procuraba alejarse de quien le buscaba: salió de Roma á pié y solo, si ya no se tiene por compañía la soledad amarga, los suspiros tristes y los continuos sollozos; que estos y las varias imaginaciones no le dejaban un punto. ¡Ay! iba diciendo entre sí,

hermosísima Sigismunda, reina por naturaleza, bellísima por privilegio y por merced de la misma naturaleza, discreta sobre modo y sobre manera agradable, y ¡cuán poco te costaba, ó señora, el tenerme por hermano, pues mis tratos y pensamientos jamas desmintieran la verdad de serlo, aunque la misma malicia lo quisiera averiguar, aunque en sus trazas se desvelara! Si quieres que te lleven al cielo sola y señora, sin que tus acciones dependan de otro que de Dios y de tí misma, sea en buen hora; pero quisiera que advirtieras que no sin escrúpulo de pecado puedes ponerte en el camino que deseas, sin ser mi homicida: dejaras, ó señora, á cargo del silencio y del engaño tus pensamientos, y no me los declararás á tiempo que habias de arrancar con las raíces de mi amor mi alma, la cual por ser tan tuya te dejó á toda tu voluntad, y de la mia me destierro. Quédate en paz, bien mio, y conoce que el mayor que te puedo hacer es dejarte. Llegóse la noche en esto, y apartándose un poco del camino, que era el de Nápoles, oyó el sonido de un arroyo, que por entre unos árboles corria, á la margen del cual, arrojándose de golpe en el suelo, puso en silencio la lengua, pero no dió treguas á sus suspiros.

CAPITULO XII.

Donde se dice quién era Periandro y Auristela.

Parece que el bien y el mal distan tan poco el uno del otro, que son como dos líneas concurrentes, que aunque parten de apartados y diferentes principios, acaban en un punto. Sollozando estaba Periandro en compañía del manso arroyuelo y de la clara luz de la noche; hacíanle los árboles compañía, y un aire blando y fresco le enjugaba las lágrimas; llevábale la imaginación Auristela, y la esperanza de tener remedio de sus males el viento, cuando llegó á sus oídos una voz extranjera que, escuchándola con atención, vió que hablaba en lenguaje de su patria, sin poder distinguir si murmuraba ó si cantaba; y la curiosidad le llevó cerca, y cuando lo estuvo oyó que eran dos personas, las que no cantaban ni murmuraban, sino que en plática corriente estaban razonando; pero lo que mas le admiró fué, que hablasen en lengua de Noruega, estando tan apartados della: acomodóse detras de un árbol, de tal forma que él y el árbol hacían una misma sombra: recogió el aliento, y la primera razón que llegó á sus oídos fué: No tienes, señor, para qué persuadirme de que en dos mitades se parte el día entero de Noruega, porque yo he estado en ella algun tiempo, donde me llevaron mis desgracias, y sé que la mitad del año lleva la noche y la otra mitad el día; el que sea esto así, yo lo sé; él por qué sea así, ignoro. A lo que respondió: Si llegamos á Roma, con una esfera te haré tocar con la mano la causa dese maravilloso efecto, tan natural en aquel clima, como lo es en este ser el día y la noche de veinte y cuatro horas: tambien te he dicho cómo en la última parte de Noruega, casi debajo del polo Artico, está la isla que se tiene por última en el mundo, á lo ménos por aquella parte, cuyo nombre es Tile, á quien Virgilio llamó Tule, en aquellos versos, que dicen en el libro 1. Georg.

Ac tua nautae

Numina sola colant: tibi serviat ultima Thule.

Que Tule en griego es lo mismo que Tile en latin. Esta isla es tan grande, ó poco ménos, que Ingalaterra, rica y abundante de todas las cosas necesarias para la

vida humana; mas adelante, debajo del mismo norte, como trescientas leguas de Tile, está la isla llamada Frislanda, que habrá cuatrocientos años que se descubrió á los ojos de las gentes, tan grande, que tiene nombre de reino, y no pequeño. De Tile es rey y señor, Maximino, hijo de la reina Eustoquia, cuyo padre no há muchos meses que pasó desta á mejor vida, el cual dejó dos hijos, que el uno es el Maximino que te he dicho, que es el heredero del reino, y el otro un generoso mozo, llamado Persiles, rico de los bienes de la naturaleza sobre todo extremo, y querido de su madre sobre todo encarecimiento, y no sé yo con cuál poderte encarecer las virtudes deste Persiles, y así quédense en su punto, que no será bien que con mi corto ingenio las menoscabe; que puesto que el amor que le tengo por haber sido su ayo y criádole desde niño me pudiera llevar á decir mucho, todavía será mejor callar, por no quedar corto.

Esto escuchaba Periandro, y luego cayó en la cuenta que el que le alababa no podía ser otro que Seráfido, un ayo suyo, y que asimismo el que le escuchaba era Rutilio, según la voz y las palabras que de cuando en cuando respondía: si se admiró ó no, á la buena consideración lo dejó, y mas cuando Seráfido, que era el mismo que había imaginado Periandro, oyó que dijo: Eusebia, reina de Frislanda, tenía dos hijas de extremada hermosura, principalmente la mayor, llamada Sigismunda, que la menor llamábase Eusebia, como su madre, donde naturaleza cifró toda la hermosura que por todas las partes de la tierra tiene repartida, á la cual no sé yo con que disinio, tomando ocasión de que la querían hacer guerra ciertos enemigos suyos, la envió á Tile en poder de Eustoquia, para que seguramente y sin los sobresaltos de la guerra en su casa se criase, puesto que yo para mí tengo que no fué esta la ocasión principal de envialla, sino para que el príncipe Maximino se enamorase della y la recibiese por su esposa; que de las extremadas bellezas se puede esperar que vuelvan en cera los corazones de mármol, y junten en uno los extremos que entre sí están mas apartados: á lo ménos, si esta mi sospecha no es verdadera, no me la podrá averiguar la experiencia, porque sé que el príncipe Maximino muere por Sigismunda, la cual á la sazón que llegó á Tile no estaba en la isla Maximino, á quien su madre la Reina envió el retrato de la doncella y la embajada de su madre; y él respondió que la regalasen y la guardasen para su esposa. Respuesta que sirvió de flecha que atravesó las entrañas de mi hijo Persiles, que este nombre le adquirió la crianza que en él hice: desde que la oyó no supo oír cosas de su gusto; perdió los bríos de su juventud, y finalmente encerró en el honesto silencio todas las acciones que le hacían memorable y bien querido de todos, y sobre todo vino á perder la salud y á entregarse en los brazos de la desesperación della; visitáronle médicos que, como no sabían la causa de su mal, no acertaban con su remedio; que como no muestran los pulsos el dolor de las almas, es dificultoso y casi imposible entender la enfermedad que en ellas asiste: la madre, viendo morir á su hijo, sin saber quién le mataba, una y muchas veces le preguntó le descubriese su dolencia; pues no era posible sino que él supiese la causa, pues sentía los efectos: tanto pudieron estas persuasiones, tanto las sollicitudes de la dóliente madre, que vencida la pertinacia ó la firmeza de Persiles, le vino á decir cómo él moría por Sigismunda, y que tenía determinado de dejarse

morir ántes que ir contra el decoro que á su hermano se le debía; cuya declaración resucitó en la Reina su muerta alegría, y dió esperanzas á Persiles de remediarle, si bien se atropellase el gusto de Maximino, pues por conservar la vida, mayores respetos se han de posponer que el enojo de un hermano: finalmente, Eustoquia habló á Sigismunda, encareciéndole lo que se perdía en perder la vida Persiles, sugeto donde todas las gracias del mundo tenían su asiento, bien al reves del de Maximino, á quien la aspereza de sus costumbres en algun modo le hacían aborrecible; levantóle en esto algo mas testimonios de los que debiera, y subió de punto con los hipérbolos que pudo las bondades de Persiles. Sigismunda, muchacha, sola y persuadida, lo que respondió fué que ella no tenía voluntad alguna, ni tenía otra consejera que la aconsejase sino á su misma honestidad; que como esta se guardase, dispusiesen á su voluntad de ella; abrazóla la Reina, contó su respuesta á Persiles, y entre los dos concertaron que se ausentasen de la isla, ántes que su hermano viniese, á quien darian por disculpa, cuando no la hallase, que había hecho voto de venir á Roma, á enterarse en ella de la fe católica, que en aquellas partes setentrionales andaba algo de quiebra, jurándole primero Persiles que en ninguna manera iría en dicho ni en hecho contra su honestidad; y así colmádoles de joyas y de consejos, los despidió la Reina, la cual despues me contó todo lo que hasta aquí te he contado.

Dos años, poco mas, tardó en venir el príncipe Maximino á su reino, que anduvo ocupado en la guerra que siempre tenía con sus enemigos; preguntó por Sigismunda, y el no hallarla fué hallar su desasosiego: supo su viaje, y al momento se partió en su busca, si bien confiado de la bondad de su hermano, pero temeroso de los celos que por maravilla se apartan de los amantes. Como su madre supo su determinación, me llamó aparte, y me encargó la salud, la vida y la honra de su hijo, y me mandó me adelantase á buscarle y á darle noticia de que su hermano le buscaba. Partióse el príncipe Maximino en dos gruesísimas naves, y entrando por el estrecho hercúleo, con diferentes tiempos y diversas borrascas llegó á la isla de Tinacia, y desde allí á la gran ciudad de Parténope, y agora queda no léjos de aquí, en un lugar llamado Terrachina, último de los de Nápoles, y primero de los de Roma; queda enfermo, porque le ha cogido esto que llaman mutación, que le tiene á punto de muerte: yo desde Lisboa, donde me desembarqué, traigo noticia de Persiles y Sigismunda, porque no pueden ser otros una peregrina y un peregrino de quien la fama viene pregonando tan grande estruendo de hermosura, que si no son Persiles y Sigismunda, deben de ser ángeles humanados. Si como los nombras, respondió el que escuchaba á Seráfido, Persiles y Sigismunda, los nombraras Periandro y Auristela, pudiera darte nueva certísima dellos, porque há muchos dias que los conozco, en cuya compañía he pasado muchos trabajos; y luego le comencé á contar los de la isla bárbara, con otros algunos. En tanto se venía el dia, y en tanto Periandro, porque allí no le hallasen, los dejó solos, y volvió á buscar á Auristela, para contar la venida de su hermano y tomar consejo de lo que debían de hacer para huir de su indignación, teniendo á milagro haber sido informado en tan remoto lugar de aquel caso; y así lleno de nuevos pensamientos, volvió á los ojos de su contrita Auristela y á las esperanzas casi perdidas de alcanzar su deseo.

CAPITULO XIII.

Vuelve Periandro hácia Roma con la noticia de venir su hermano Maximino: llega tambien Seráfido, su ayo, en compañía de Rutilio.

Entretiéndose el dolor y el sentimiento de las recién dadas heridas en la cólera y en la sangre caliente, que despues de fria fatiga de manera que rinde la paciencia del que la sufre: lo mismo acontece en las pasiones del alma, que en dando el tiempo lugar y espacio para considerar en ellas, fatigan hasta quitar la vida. Dijo su voluntad Auristela á Periandro, cumplió con su deseo, y satisfecha de haberle declarado esperaba su cumplimiento, confiada en la rendida voluntad de Periandro, el cual, como se ha dicho, librando la respuesta en su silencio, se salió de Roma, y le sucedió lo que se ha contado: conoció á Rutilio, el cual contó á su ayo Seráfido toda la historia de la isla bárbara, con las sospechas que tenía de que Auristela y Periandro fuesen Sigismunda y Persiles: dijole asimismo, que sin duda los hallarian en Roma, á quien desde que los conoció venían encaminados con la disimulación y cubierta de ser hermanos: preguntó muchísimas veces á Seráfido la condicion de las gentes de aquellas islas remotas, de donde era rey Maximino y reina la sin par Auristela.

Volvióle á repetir Seráfido, cómo la isla de Tile ó Tule, que agora vulgarmente se llama Islanda, era la última de aquellos mares setentrionales, puesto que un poco mas adelante está otra isla, como te he dicho, llamada Frislanda, que descubrió Nicolas Temo, veneciano, el año de 1380, tan grande como Sicilia, ignorada hasta entónces de los antiguos, de quien es reina Eusebia, madre de Sigismunda, que yo busco: hay otra isla asimismo poderosa y casi siempre llena de nieve; que se llama Groelandia, á una punta de la cual esta fundado un monasterio debajo del título de Santo Tomas, en el cual hay religiosos de cuatro naciones, españoles, franceses, toscanos y latinos: enseñan sus lenguas á la gente principal de la isla, para que en saliendo della sean entendidos por do quiera que fueren: está, como he dicho, la isla sepultada en nieve, y encima de una montañuela está una fuente, cosa maravillosa y digna de que se sepa, la cual derrama y vierte de sí tanta abundancia de agua y tan caliente, que llega al mar, y por muy gran espacio dentro dél, no solamente le desniva, pero le calienta de modo, que se recogen en aquella parte increíble infinidad de diversos pescados, de cuya pesca se mantiene el monasterio y toda la isla, que de allí saca sus rentas y provechos: esta fuente engendra asimismo unas piedras conglutinadas, de las cuales se hace un betun pegajoso, con el cual se fabrican las casas, como si fuesen de duro mármol. Otras cosas te pudiera decir, dijo Seráfido á Rutilio, destas islas, que ponen en duda su crédito; pero en efecto son verdaderas.

Todo esto que no oyó Periandro, lo contó despues Rutilio, que ayudado de la noticia que dellas Periandro tenía, muchos las pusieron en el verdadero punto que merecian: llegó en esto el dia, y hallóse Periandro junto á la iglesia y templo magnífico, y casi el mayor de la Europa, de San Pablo, y vió venir hácia sí alguna gente en monton, á caballo y á pié, y llegando cerca conoció que los que venían eran Auristela, Feliz Flora, Constanza y Antonio su hermano, y asimismo Hipólita, que habiendo sabido la ausencia de Periandro, no quiso dejar á que otra llevase las albricias de su hallazgo, y así siguió los pasos de Auristela, encaminados por la noticia que de-

llos dió la mujer de Zabulon el judío, bien como aquella que tenía amistad con quien no la tiene con nadie: llegó en fin Periandro al hermoso escuadron, saludó á Auristela, notóle el semblante del rostro, y halló mas mansa su riguridad y mas blandos sus ojos: contó luego públicamente lo que aquella noche le había pasado con Seráfido su ayo y con Rutilio; dijo cómo su hermano el príncipe Maximino quedaba en Terrachina, enfermo de la mutación, y con propósito de venirse á curar á Roma, y con autoridad disfrazada y nombre trocado á buscarlos: pidió consejo á Auristela y á los demas, de lo que haría; porque de la condicion de su hermano el príncipe no podía esperar ningun blando acogimiento. Pasmóse Auristela con las no esperadas nuevas, desaparecieron en un punto, así las esperanzas de guardar su integridad y buen propósito, como de alcanzar por mas llano camino la compañía de su querido Periandro. Todos los demas circunstantes discurrieron en su imaginación qué consejo darian á Periandro, y la primera que salió con el suyo, aunque no se lo pidieron, fué la rica y enamorada Hipólita, que le ofreció llevarle á Nápoles con su hermana Auristela y gastar con ellos cien mil y mas ducados que su hacienda valia: oyó este ofrecimiento Pirro el calabres, que allí estaba, que fué lo mismo que oír la sentencia irremisible de su muerte; que en los rufianes no engendra celos el desden, sino el interes; y como este se perdía con los envidados de Hipólita, por momentos iba tomando la desesperación posesion de su alma, en la cual iba atesorando odio mortal contra Periandro, cuya gentileza y gallardía, aunque era tan grande, como se ha dicho, á él le parecía mucho mayor, porque es propia condicion del celoso, parecerle magníficas y grandes las acciones de sus rivales.

Agradeció Periandro á Hipólita, pero no admitió su generoso ofrecimiento: los demas no tuvieron lugar de aconsejarle nada, porque llegaron en aquel instante Rutilio y Seráfido, y entrambos á dos apenas hubieron visto á Periandro, cuando corrieron á echarse á sus piés, porque la mudanza del hábito no le pudo mudar la desu gentileza: tenía abrazado Rutilio por la cintura y Seráfido por el cuello: lloraba Rutilio de placer y Seráfido de alegría: todos los circunstantes estaban atentos mirando el extraño y gozoso recibimiento: solo en el corazón de Pirro andaba la melancolía, atenaceándole con tenazas mas ardiendo que si fueran de fuego, y llegó á tanto extremo el dolor que sintió de ver engrandecido y honrado á Periandro, que sin mirar lo que hacia, ó quizá mirándolo muy bien, metió mano á su espada, y por entre los brazos de Seráfido se la metió á Periandro por el hombro derecho con tal furia y fuerza, que le salió la punta por el izquierdo, atravesándole, poco ménos que al soslayo, de parte á parte. La primera que vió el golpe fué Hipólita, y la primera que gritó fué su voz, diciendo: ¡Ah traidor, enemigo mortal mio, y cómo has quitado la vida á quien no merecía perderla para siempre! Abrió los brazos Seráfido, soltólos Rutilio calientes ya en su derramada sangre, y cayó Periandro en los de Auristela, la cual faltándole la voz á la garganta, el aliento á los suspiros y las lágrimas á los ojos, se le cayó la cabeza sobre el pecho y los brazos á una y otra parte. Este golpe, mas mortal en la apariencia que en el efecto, suspendió los ánimos de los circunstantes, y les robó la color de los rostros, dibujándoles la muerte en ellos, que ya por la falta de la sangre á mas andar se entraba por la

vida de Periandro, cuya falta amenazaba á todos el último fin de sus dias, á lo ménos Auristela la tenia entre los dientes y la queria escupir de los labios. Seráfido y Antonio arremetieron á Pirro, y á despecho de su fiereza y fuerzas le asieron, y con gente que se llegó, le enviaron á la prision, y el Gobernador de allí á cuatro dias le mandó llevar á la horca por incorregible y asesino, cuya muerte dió la vida á Hipólita, que vivió de allí adelante.

CAPITULO XIV.

Llega Maximino enfermo de la mutacion: muere dejando casado á Periandro y Auristela, conocidos ya por Persiles y Sigismunda.

Es tan poca la seguridad con que se gozan los humanos gozos, que nadie se puede prometer en ellos un mínimo punto de firmeza. Auristela, arrepentida de haber declarado su pensamiento á Periandro, volvió á buscarle alegre, por pensar que en su mano y en su arrepentimiento estaba el volver á la parte que quisiese la voluntad de Periandro, porque se imaginaba ser ella el clavo de la rueda de su fortuna y la esfera del movimiento de sus deseos; y no estaba engañada, pues ya los traía Periandro en disposicion de no salir de los de Auristela; pero mirad los engaños de la variable fortuna. Auristela, en tan pequeño instante como se ha visto, se ve otra de lo que ántes era; pensaba reir y está llorando, pensaba vivir y ya se muere, creia gozar de la vista de Periandro, y ofrécese á los ojos la del príncipe Maximino su hermano, que con muchos coches y grande acompañamiento entraba en Roma por aquel camino de Terrachina, y llevándole la vista el escuadron de gente que rodeaba al herido Periandro, llegó su coche á verlo y salió á recibirle Seráfido, diciéndole: ¡Oh príncipe Maximino, y qué malas albriicias espero de las nuevas que pienso darte! Este herido que ves en los brazos desta hermosa doncella, es tu hermano Persiles, y ella es la sin par Sigismunda, hallada de tu diligencia á tiempo tan áspero y en sazón tan rigurosa, que te han quitado la ocasion de regalarlos, y te han puesto en la de llevarlos á la sepultura. No irán solos, respondió Maximino, que yo les haré compañía, segun vengo; y sacando la cabeza fuera del coche, conoció á su hermano, aunque tinto y lleno de sangre de la herida: conoció asimismo á Sigismunda por entre la perdida color de su rostro, porque el sobresalto que le turbó sus colores, no le afeó sus facciones: hermosa era Sigismunda ántes de su desgracia, pero hermosísima estaba despues de haber caido en ella; que tal vez los accidentes del dolor suelen acrecentar la belleza.

Dejóse caer del coche sobre los brazos de Sigismunda, ya no Auristela, sino la reina de Frislanda, y en su imaginacion, tambien reina de Tile; que estas mudanzas tan extrañas caen debajo del poder de aquella que comunmente es llamada fortuna, que no es otra cosa sino un firme disponer del cielo. Habíase partido Maximino con intencion de llegar á Roma á curarse con mejores médicos que los de Terrachina, los cuales le pronosticaron que antes que en Roma entrase, le habia de saltar la muerte, en esto mas verdaderos y experimentados que en saber curarle: verdad es que el mal que causa la mutacion, pocos le saben curar: en efecto frontero del templo de San Pablo, en mitad de la campaña rasa, la fea

muerte salió al encuentro al gallardo Persiles y le derribó en tierra y enterró á Maximino, el cual viéndose á punto de muerte, con la mano derecha asíó la izquierda de su hermano y se la llegó á los ojos, y con su izquierda le asíó de la derecha y se la juntó con la de Sigismunda, y con voz turbada y aliento mortal y cansado dijo: De vuestra honestidad, verdaderos hijos y hermanos míos, creo que entre vosotros está por saber esto; aprieta, ó hermano, estos párpados, y ciérrame estos ojos en perpetuo sueño, y con esotra mano aprieta la de Sigismunda, y séllala con el sí que quiero que la des de esposo; y sean testigos de este casamiento la sangre que estás derramando y los amigos que te rodean; el reino de tus padres te queda, el de Sigismunda heredas, procura tener salud, y góceslos años infinitos.

Estas palabras tan tiernas, tan alegres y tan tristes avivaron los espíritus de Persiles, y obedeciendo al mandamiento de su hermano, apretándole la muerte, con la mano le cerró los ojos, y con la lengua entre triste y alegre pronunció el sí, y le dió de ser su esposo á Sigismunda: hizo el sentimiento de la improvisa y dolorosa muerte en los presentes su efecto, y comenzaron á ocupar los suspiros el aire, y á regar las lágrimas el suelo. Recogieron el cuerpo muerto de Maximino y llevaronle á San Pablo, y el medio vivo de Persiles en el coche del muerto le volvieron á curar á Roma, donde no hallaron á Belarminia ni á Deleasir, que se habian ido ya á Francia con el Duque. Mucho sintió Arnaldo el nuevo y extraño casamiento de Sigismunda; muchísimo le pesó de que se hubiesen malogrado tantos años de servicio, de buenas obras hechas, en orden á gozar pacífico de su sin igual belleza; y lo que mas le tarazaba el alma, eran las no creidas razones del maldiciente Clodio, de quien él á su despecho hacia tan manifiesta prueba: confuso, atónito y espantado, estuvo por irse sin hablar palabra á Persiles y Sigismunda; mas considerando ser reyes, y la disculpa que tenían, y que sola está ventura estaba guardada para él, determinó ir á verles, y así lo hizo: fué muy bien recibido, y para que del todo no pudiese estar quejoso, le ofrecieron á la infanta Eusebia, para su esposa, hermana de Sigismunda, é quien él aceptó de buena gana, y se fuera luego con ellos, si no fuera por pedir licencia á su padre; que en los casamientos graves y en todos es justo se ajuste la voluntad de los hijos con la de los padres. Asistió á la cura de la herida de su cuñado en esperanza, y dejándole sano, se fué á ver á su padre, y prevenir fiestas para la entrada de su esposa. Feliz Flora determinó de casarse con Antonio el bárbaro, por no atreverse á vivir entre los parientes del que habia muerto Antonio; Croriano y Ruperta, acabada su romería, se volvieron á Francia, llevando bien qué contar del suceso de la fingida Auristela: Bartolomé el manchego y la castellana Luisa se fuéron á Nápoles, donde se dice acabaron mal, porque no vivieron bien. Persiles depositó á su hermano en San Pablo, recogió á todos sus criados, volvió á visitar los templos de Roma, acarició á Constanza, á quien Sigismunda dió la cruz de diamantes, y la acompañó hasta dejarla casada con el Conde su cuñado; y habiendo besado los pies al Pontífice, sosegó su espíritu y cumplió su voto, y vivió en compañía de su esposo Persiles hasta que biznietos le alargaron los dias, pues los vió en su larga y feliz posteridad.

FIN DEL PERSILES Y SIGISMUNDA.

VIAJE DEL PARNASO.

DEDICATORIA

A D. Rodrigo de Tapia, caballero del hábito de Santiago, hijo del señor D. Pedro de Tapia, oidor del Consejo Real, y consultor del Santo Oficio de la Inquisicion Suprema.

DIRIJO á vuesa merced este *Viaje* que hice *al Parnaso*, que no desdice á su edad florida, ni á sus loables y estudiosos ejercicios. Si vuesa merced le hace el acogimiento que yo espero de su condicion ilustre, él quedará famoso en el mundo, y mis deseos premiados. Nuestro Señor, etc.

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

PROLOGO.

Si por ventura, lector curioso, eres poeta, y llegare á tus manos (aunque pecadoras) este *Viaje*; si te hallares en él escrito y notado entre los buenos poetas, da gracias á Apolo por la merced que te hizo; y si no te hallares, tambien se las puedes dar. Y Dios te guarde.

D. AUGUSTINI DE CASANATE ROSAS.

EPIGRAMMA.

Excute cæruleum, proles Saturnia, tergum,
Verbera quadrigæ sentiat alma Tethys.
Agmen Apollineum, nova sacri injuria ponti,
Carmineis ratibus per freta tendit iter.
Proteus æquoreas pecudes, modulamina Triton,
Monstra cavos latices obstupefacta sinunt.
At caveas tantæ torquent quæ mollis habenas,
Carmina si excipias nulla tridentis opes.
Hesperis Michaël claros conduxit ab oris
In pelagus vates. Delphica castra petit.
Imò age, pone metus, mediis subsiste carinis.
Parnassi in litus vela secunda gere.